

15 de Octubre de 1908. Año V. N.º 116.

Redacción y Administración: Calle de San Mateo, 11 dup.°, entr.° Apartado en Correos n.° 445.

El crimen del Bastero

El 18 de mayo de 188..., el guardia de Seguridad Pedro Antúnez, después de veinte horas de servicio á consecuencia del descubrimiento de una fábrica de moneda falsa, salió de la Delegación de la plaza de los Carros y encaminó sus pasos hacia la calle de Toledo, con el andar pesado que demuestra el cansancio de una persona.

Ya había recorrido un buen trozo de la calle y se encontraba cerca de la Fuentecilla, cuando oyó distintamente una voz que demandaba socorro.

Empezaba á clarear. El guardia, á pesar del cansancio, se detuvo un momento y trató de indagar de dónde había partido la voz pidiendo socorro.

Retrocedió, y al llegar á la esquina de la calle del Bastero, vió como una sombra en un balcón de un segundo piso, la cual desapareció con rapidez.

Indeciso el guardia, sin saber qué resolución adoptar, no queriendo alejarse de aquel lugar y no pudiendo tampoco contar con el auxilio del sereno, por haberse ya retirado, llamó á grandes voces á la pareja de servicio en la calle de Toledo

Acudió ésta presurosa y no tardó en formarse un corro de curiosos en la puerta de la casa, atraídos por las voces del guardia. Los curiosos todos eran vendedores que marchaban al mercado de la Cebada, ó jornaleros que se dirigían á las obras en que estaban contratados. Los guardias deliberaron sobre lo que debían hacer, acordando que uno de ellos avisase inmediatamente á la Delegación, mientras los otros dos intentaban averiguar lo ocurrido.



Hallazgo del cadáver.

Aporrearon la puerta de la calle inútilmente. Nadie respondía, hasta que se abrió una carnicería, y el dueño ofreció cortésmente á los agentes de la Autoridad que pasasen. Desde allí podían penetrar en la casa y despertar á la portera, que vivía en un segundo patio, y no era por eso extraño que no hubiese oído los golpes.

El crimen.

Entraron, en efecto, los guardias, y, una vez dentro, encendiendo cerillas trataron de orientarse, sin poder impedir que no pocos curiosos siguiesen tras ellos.

Mientras el carnicero se disponía á llamar á la portera, seguido de algunos curiosos, los guardias subieron las escaleras, llamando fuertemente en el piso de donde se suponía habían partido las voces de auxilio, sin que nadie respondiese.

¿Qué hacer?

El guardia que había escuchado las voces de alarma, dudaba ya en aquel momento si era efectivamente en el balcón que correspondía á aquel piso donde había visto la sombra de una persona desaparecer rápidamente.

En esta duda, la portera se había levantado precipitadamente, y acompañada del carnicero y de tres ó cuatro curiosos, abierto la puerta de la calle.

Los guardias por fin decidieron echar la puerta abajo, tardando en ello unos diez minutos, gracias al empuje de uno de los curiosos, cojo por cierto, que dió un fuerte empellón que hizo saltar la cerradura y hacerle á él caer al suelo.

Con infinitas precauciones penetraron en el interior, sin que al pronto pudiesen darse cuenta de nada anor-

mal. El pasillo, algo estrecho, conducía por la izquierda á una salita con un balcón, perfectamente alhajada, destacándose aquel mobiliario, casi lujoso, con la modestia de la vivienda. Un sofá, dos butacas y dos mecedoras, con algunas sillas doradas, una consola con tapa de mármol, un espejo de marco dorado, algunos cuadros y dos rinconeras con figurillas de porcelana, más un *vis á vis* en el centro y un tapiz ante el sofá, constituían el mueblaje. No presidía el mayor gusto en la colocación de los muebles, denotando que el inquilino ó inquilina eran personas de ínfima clase social, que debían á circunstancias especiales haberse salido de su esfera.

La sala tenía una puerta que conducía á un gabinete, en el que penetraron los guardias, seguidos de dos ó tres curiosos. El gabinete tenía cubierto el pavimento por una estera de junco, y el mueblaje lo formaban un tocador con piedra de mármol, un armario de luna, una *chaisse longue* y dos sillas. Sobre una de éstas había un sombrero de señora y un abrigo de encajes echados como al descuido. El balcón de esta habitación estaba entreabierto y por él es por donde indudablemente se había asomado la persona demandando socorro y por donde el guardia había visto con posterioridad la sombra.

En la pared de enfrente al balcón había una puerta de cristales, que empujaron los guardias, notando que había algo detrás que impedía que pudiese abrirse.

Hubo necesidad de salir del gabinete, atravesar de nuevo la sala y buscar otra puerta, que indudablemente servía de escape á la alcoba. Los guardias, seguidos siempre de los curiosos, encontraron, en efecto, la puerta, y á la indecisa luz que reinaba en la alcoba pudieron ver el cuerpo de una mujer tendido en el suelo, en medio de un gran charco de sangre.

El cojo, uno de los curiosos que seguían á los guardias, en su precipitación por ver, resbaló nuevamente, cayendo al suelo.

Estaban ayudándole á levantarse cuando se presentó el delegado del distrito, con un inspector y dos agentes.

La primera determinación del delegado fué disponer que saliesen á la calle todos los que habían penetrado por curiosidad, rogando tan sólo que permaneciesen el carnicero y la portera, por si podían aportar algún dato para el esclarecimiento del hecho.

Hubo necesidad de buscar al cojo, que había desaparecido, y al que encontraron en el gabinete mirando con curiosidad todo lo que había en la estancia.

Libres ya de importunos, el delegado empezó á instruir las diligencias, informándose detalladamente por los guardias de todo lo hecho por ellos. Preguntó posteriormente al carnicero, quien dijo que solamente una vez había visto á la inquilina, por haberse mudado hacía pocos días, y no podía asegurar si era la que estaba tendida en el suelo de la alcoba.

Algunos datos más dió la portera, aunque no bastantes, para esclarecer lo ocurrido.

Dijo que ocho días antes, había visitado el piso, entonces desalquilado, una señora elegantemente vestida y que le dijo que le convenía, dándole dos duros de señal y diciendo que al día siguiente enviaría la cédula para que extendiesen el contrato. La señora cumplió lo ofrecido. Se extendió el contrato con las formalidades de costumbre y dos días después, la nueva inquilina se instalaba en la nueva casa.

Según la cédula presentada, la inquilina se llamaba Juana Pérez, tenía veintidós años y era modista, aunque por el mobiliario no pudiera colegirse tal profesión.

La llegada del médico de la casa de socorro hizo que se suspendieran las diligencias momentáneamente. El doctor certificó que la muerte debía haber sido instantánea, por haber seccionado la yugular con un cuchillo de hoja ancha. Además, presentaba también la víctima un fuerte golpe en el pecho, que de haberse dado con anterioridad á la puñalada, debió privarla de conocimiento. Por lo demás, en la alcoba no había señales algunas de lucha, viéndose únicamente una silla volcada, que pudo la víctima arrastrarla en su caída.

En cuanto al arma con que se había cometido el crimen, no parecía por parte alguna.

Se disponía el delegado á reconocer el resto de la casa cuando llegó el Juzgado instructor de guardia.

El juez examinó detenidamente las habitaciones, notando que de una de las paredes del gabinete habían sido arrancados dos retratos, que, á juzgar por los restos que habían quedado, uno pertenecía á una mujer y otro á un hombre. En otro de los testeros, otro retrato de una persona como de treinta á treinta y cuatro años, con barba negra, llamó la atención del juez, que hizo que le desclavasen, viendo en uno de los ángulos las siguientes palabras:

«En prueba de lo mucho que quiere á Juanita, su
F.»

Esta F correspondía, indudablemente, al amante de la víctima, á quien había que buscar á todo trance, porque si no estaba complicado en el hecho, indudablemente podría dar detalles que sirviesen de base á la Justicia para futuras investigaciones.

Diligencias infructuosas.

En el reconocimiento llevado á cabo no fué posible obtener ningún dato de interés.

Solamente pudo observarse que las ropas interiores de la víctima, lo mismo las que tenía puestas que las que guardaba en el armario, tenían las iniciales A. F.

La víctima, por lo tanto, ocultaba su verdadero nombre, y lo primero que se necesitaba hacer era averiguar los antecedentes, cosa difícil con los pocos datos de que se disponía.

Otra de las cosas que se observaron fué que la puerta que daba á la escalera tenía la llave echada, y una que encontraron en una mesa de noche de la alcoba era la de la puerta. Luego el autor del crimen disponía de otra exactamente igual; ¿por dónde había salido, si la Policía tuvo que forzar la entrada?

Esta segunda pregunta destruía la primera suposición. Imposible que el autor hubiese escapado por ningún otro sitio.

¿Se trataría de un suicidio?

No; porque el arma con que se había realizado el hecho no aparecía por parte alguna, y, además, tratándose de un suicidio, la víctima no hubiese lanzado las voces pidiendo auxilio.

Ante esta serie de complicaciones y de hechos inexplicables, el Juzgado quedaba perplejo, y la Policía, sin saber por dónde empezar sus gestiones.

La portera, ¿sabría algo?

Fué llamada nuevamente por el juez, á quien contestó con precisión á cuantas preguntas le hizo. Repitió de nuevo lo manifestado ante el delegado, añadiendo que en los cuatro ó cinco días que llevaba la víctima en el piso, no había recibido una sola visita, ni cartas, ni nadie había preguntado por ella. Recordaba la portera que la noche anterior había salido aquélla á las nueve de la noche, y á las once, cuando la declarante cerró la puerta de la calle y se retiró á descansar, no había regresado la inquilina. Era todo lo que sabía.

El carnicero confirmó después los datos de la portera, recordando haber visto á la vecina tomar el tranvía de la Fuentecilla á las nueve de la noche y descender en la Puerta del Sol. El iba también en el tranvía, y se fijó por la curiosidad natural de ser nueva la inquilina y el lujo que usaba, inusitado entre los modestos vecinos de aquel barrio.

Después, como no le importaba lo que pudiera hacer, ignoraba qué dirección tomó, marchando él á una taberna de la calle de Carretas, donde le aguardaban unos amigos.

Poco después se presentó el furgón del Depósito y condujeron el cadáver; ordenando el Juzgado que se sellase la puerta, por si con posterioridad había necesidad de practicar nuevas diligencias en la casa del crimen.

No había nada que hacer por el momento, y el Juzgado se retiró á descansar, llevándose algunas piezas de convicción, entre las que figuraban cartas con diferentes fechas y firmadas todas con la inicial F.

¿Quién sería F.?

La Justicia, despistada.

Cuatro ó cinco días habían transcurrido sin que se lograse averiguar nada referente á la víctima.

Se hicieron varias fotografías del cadáver, que el inspector de Policía encargado de realizar pesquisas presentó á todas las dueñas de casas de prostitución.

Una de ellas la reconoció á medias, no atreviéndose á afirmar, sin embargo, si era el retrato de una mujer que había estado cinco años antes en su casa, á la que conocían por la *Chavala*.

A la madre de ésta la vió dos veces, y al marcharse de la casa no volvió á saber de ella.

El inspector le preguntó qué causas habían motivado la marcha, y dijo que el haberse peleado con una compañera.

La compañera de ésta era conocida por Pepa *la Rubia*, y hacía dos meses que se encontraba en Barcelona.

No era, pues, fácil que pudiera dar explicación alguna del crimen. Se envió, sin embargo, por si acaso, un exhorto á Barcelona, y la respuesta, que no se hizo esperar, no arrojó tampoco luz alguna en el misterioso suceso.

El inspector, considerado como uno de los más hábiles en aquella fecha, se convenció de que no obtendría provecho alguno de sus investigaciones.

Las declaraciones de los vecinos no arrojaban tampoco luz alguna.

Una sola vez, y vigilando la casa, había visto pasar por la calle de Toledo á un caballero de barba negra. Pero se trataba de una persona conocidísima y no se atrevió á molestarla.

Convencido ya de la inutilidad de sus gestiones, y enterado de que me encontraba yo en Madrid, de regreso de una cacería, se personó en mi casa, para que le ayudase en sus investigaciones.

Manuel María Rolo.

(Concluirá.)

La predestinación

El siglo XIX estaba aún en mantillas (lo que importa, lector amigo, decirte que la acción de este capítulo pasa en 1801) y perdona lo alambicado de la frase. Salamanca, la de la famosa Universidad, ardía de entusiasmo, en cierta noche de aquel año, porque un gallardo mozo de la chusma estudiantil había colgado el raído manteo, cambiando á *Cicerón* y las *Pandectas* por las comedias del buen Lope y del romántico Calderón.

En una de las tabernas de la universitaria ciudad hallábanse congregados, al olor de un suculento jigote y de descomunales jarros de Valdepeñas no bautizado, gran número de estudiantes, cómicos y mujerzuelas, gente toda así lista para un fregado como para un barrido, á la que tanto se le daba de lo de arriba como de lo de abajo. Y á un extremo de la sala, y al calor del brasero, veíase una muchacha que ejercía á la vez los oficios de cantora y lazarillo de un pobre ciego de gitanesca estampa. Degollación, que tal era el nombre de la mocita, tenía una cara más fea que el pecado de usura, y una voz de caña rota que el ciego rascador de guitarra sabía hacer soportable por la sal de su punteado.

—¡Ea! ¡Degollación, hija mía! Echale una seguidilla al lucero de los claustros de Salamanca, al señor Rafael, que así Dios me salve si no ha de exceder, con tercio y quinto, al mismísimo Isidoro.

La muchacha tosió dos veces para limpiarse los arrabales de la garganta, el ciego rasqueó de lo lindo y, suspendiéndose por un rato el general batiburrillo, se hizo la chusma toda oídos para atender á lo sentencioso del cantar:

«Las monjas en el coro
dicen cantando:
entre tantas hermanas
no hay un hermano.
¡Y al estribillo!
¿quién vió chocolatera
sin molinillo?»

—¡Víctor por la real moza!—exclamó en coro la estudiantina, echando al aire los chafados sombreros.

Pero el estudiante á quien el ciego había llamado el Sr. Rafael, y que al parecer era el héroe de la noche, había tomado un aire taciturno. Sus compañeros de mesa pretendían, con su aturdimiento, sacarlo de su distracción; y las mujeres lo miraban desvergonzadamente y con ojos de codicia, porque al cabo era un buen mozo que, á mayor abundamiento, acababa de ser aplaudido con frenesí, *debutando* en *Las paredes oyen*, del correcto Alarcón.

Cuando el vino sacó de caja todos los cerebros, Rafael abandonó la taberna, sin que su desaparición fuese notada nada más que por el comediante Antonio Espejo, quien penetró en el cuarto de su compañero y lo encontró en el mismo estado de preocupación que le había observado en el festín.

—Rafael, amigo mío, tú sufres.

—Es verdad, Espejo. En medio de ese banquete he sido presa de una alucinación fatal. Escúchame. Desde que estrechamos nuestra amistad, se reveló en mí deseo vivísimo de merecer sobre la escena los aplausos del pueblo, de ese fiel intérprete de nuestros grandes poetas y arrebatar de entusiasmo al mundo, alcanzando las coronas reservadas al genio. Y esta noche, cuando alistado en tu compañía, he hecho mi primera presentación y alcanzado mi primer triunfo, se despertó en mí el recuerdo de mis padres que me desdeñan y creen que el título de cómico es un borrón que arrojo en los cuarteles de mi ilustre familia. Ya no es posible retroceder. Abandono mi apellido, y desde hoy me llamaré Rafael Cebada... Pero en medio de ese banquete, un cuadro sombrío apareció de pronto á mi imaginación. Figurábame estar en una gran plaza y rodeado de inmenso pueblo... Todas las miradas estaban fijas en mí... Yo era el protagonista de esa fiesta... En el centro de la plaza se alzaba un cadalso... y dos hombres subieron á él junto conmigo... Uno era el verdugo, y el otro era un sacerdote... ¡Eras tú, Espejo, tú, que me has abierto las puertas á la existencia afanosa del cómico y que me acompañabas hasta el dintel de la tumba!...

Y Rafael Cebada, entregado á la violencia del delirio, cayó sin sentido en los brazos de su amigo.

II

Pasados eran los días en que el atrio de la catedral servía de escenario para la representación de autos sacramentales. Lima poseía el teatro incómodo y nada elegante al que hoy concurre nuestro público, ávido siempre de espectáculos, teatro cuyo ridículo aspecto le ha conquistado el nombre de *gallinero*. El teatro actual había sustituido á otro que, desde 1602 hasta 1661, existió en la calle de San Agustín, en la casa conocida aún por la de la Comedia vieja y en cuya fábrica se habían gastado 58.000 pesos. La del actual costó 60.000 pesos, y su refección, después del terremoto de 1746, importó poco más de 40.000. Fué el ilustre limeño Olavide quien estuvo encargado de dirigir la reedificación del teatro, notable por sus buenas condiciones acústicas más que por la pobreza de su arquitectura (1).

Con el nuevo proscenio, los habitantes de Lima no sólo habían ganado en localidad, sino en el mérito de los

(1) Pocas horas después de terminada una representación de la zarzuela *La Marsellesa*, en la madrugada del 16 de marzo de 1883, quedó el teatro reducido á escombros por consecuencia de un voraz incendio.

artistas y en la variedad de las funciones. Era indispensable que, tras de *Orestes* ó *El diablo predicador*, una pareja de baile luciese el encanto sensual de la danza española. Venía luego *El alcalde torero* ó algún sainete de Ramón de la Cruz, y sólo se retiraba el espectador después de aplaudir la tonadilla, especie de zarzuela en andadores. Y las empresas de teatro, que por seis reales ofrecían la concurrente declamación, baile y canto, no se atrevieron á solicitar jamás un alza de precios. ¡Lo que va de tiempo á tiempo!

En el telón del teatro de Lima veíase pintado el Parnaso, y hasta 1824 se leía en él la siguiente octava, original del conde de las Torres, literato de pobre literatura, á juzgar por la octava que de él conocemos y que, sin lisonja, es de lo malo lo mejorcito:

«Utiles de este Pindo refulgente
Son auxilio á hospitálica indigencia
Que Apolo, como médico excelente,
Si aquí da el metro, allá la Providencia.
Mi farsa es una acción grave y decente
De honorosa política é influencia,
Y el que otro viso hallare en el que inflama
Aproveche la luz, deje la llama.»

¿Has entendido, lector? Pues yo tampoco.

La primera vez que los limeños disfrutaron de ópera italiana fué en 1814. La compañía era diminuta, y así el tenor, Pedro Angelini, como la soprano, Carolina Grijoni, de escasísimo mérito. El espectáculo no fué del gusto público y por ello fué reducido el número de funciones. Sólo desde 1840, en que tuvimos á las inolvidables Clorinda Pantanelli y Teresina Rossi, empezaron á ocupar la escena lírica artistas de reputación merecida.

Por el año de 1814, época en que principia nuestro relato, el primer actor de la compañía dramática era el famoso Roldán, discípulo de Isidoro Máiquez, figurando en segunda escala el gracioso Rodríguez, Cebada como galán joven y Barbeito en los papeles de traidor. Cuando alguna vez hemos aplaudido á O'Loghlin en *Ricardo III* y *Sullivan;* á Manuel Dench, en *El cardenal Montalto*, á Jiménez, en *Dos horas de favor;* á Casacuberta, en *Los escalones del crimen*, á Aníbal Ramírez, en las comedias de Rodríguez Rubí; á Lutgardo Gómez, en *Traidor, inconfeso y mártir;* á Torres, en *Luis XI;* á Valero, en *El músico de la murga* ó á Burón en *Un drama nuevo*, y manifestado nuestro entusiasmo á un anciano que la casualidad nos deparaba por vecino de luneta, siempre hirió nuestros oídos esta contestación: «¡Psche! No está mal ese actor..... Pero si usted hubiera conocido á Roldán. . ¡Oh, Roldán!... Eso era lo que había que ver.»

Cuando Emilia Hernández, Aurora Fedriani, Matilde Duclós, Amalia Pérez, Ventura Mur ó Carolina Civili han arrancado un ¡bravo! á nuestros labios y un aplauso á nuestras manos, también hemos sido interrumpidos por una voz cascada y catarrienta: «¡Qué fosfórica es esta juventud! Bien se conoce que no oyeron á la Moreno... ¡Oh, la Moreno! .. ¡Cosa mejor, ni en la gloria!»

Y en efecto. Roldán, que en la comedia era una apreciable medianía, no ha encontrado hasta hoy, en nuestro proscenio, según el sentir de muy entendidos críticos, un digno rival en la tragedia. En cuanto á la Moreno, sólo sabemos que había llegado á ser una buena actriz, sin que, por entonces, tuviera mérito bastante para que se la considerase como una notabilidad. Y no es concebible la importancia que quieren darla nuestros antecesores, desde que se sabe que su educación fué tan descuidada que aprendió á leer de corrido entre los bastidores del teatro y á la edad de diez y ocho años.

III

María Moreno nació en Guayaquil en 1794, Rafael Cebada la conoció al pasar por esa ciudad en 1812. Se apasionó vivamente de su hermosura y recurrió á la tercería de una apergaminada vieja para dirigir billeticos á la joven. Cebada era, á la sazón, un andaluz de treinta años, de blonda y rica cabellera, de grandes ojos negros y de gallardo cuerpo. Sin embargo de su varonil hermosura, revelaba en la palidez del rostro ese sello que frecuentemente dejan los vicios. Ello es que María encontró al galán muy de su gusto, y para dar un fin romancesco á los preliminares, concertó con él una escapatoria de la casa materna.

Embarcóse la enamorada pareja en un buque próximo á zarpar de la ría. Peregrinaron por Trujillo y Cajamarca, y soñando con que todo el monte era orégano y demás lindezas con que diz que sueñan los amantes, despertaron una mañana en las tres veces coronada ciudad de los reyes. Cebada se había consagrado á educar á su querida, la que dió tales muestras de habilidad, que en menos de dos meses, alcanzó á leer la letra de cadenilla con que se copiaban los papeles de comedia y estuvo expedita para hacer su primera salida en un teatrillo de pueblo.

Al llegar á Lima contaba la joven actriz muy cerca de diez y nueve años y era de fisonomía bella y simpática. Imagínese el lector un rostro ligeramente ovalado entre un marco de negros y sedosos cabellos; una frente tersa y arqueadas cejas sobre magníficos y relucientes ojos garzos, capaces de incendiar un corazón de caucho; unos labios purpúreos, pequeños é incitantes, hombros mórbidos y seno voluptuoso. Y si á estos rápidos detalles añade una sonrisa, á la que aumentaba gracia una linda trinidad de hoyuelos y una voz dulce como una esperanza de amor, fácil es de adivinarse el cúmulo de simpatías y de adoradores que conquistaría en la escena la mujer que se presentaba con tales recomendaciones físicas. El mismo virrey Abascal, á pesar de su gravedad, años y achaques, quemaba, de vez en cuando, el incienso del galanteo á las plantas de la cómica.

Créese que no son virtudes muy sólidas las de la gente del teatro; y aunque nunca han sido los bastidores escuela de moralidad, es consolador para la gloria del arte afirmar que no han escaseado en ellos mujeres dignas y hombres honrados. Esta errada creencia aumentó el número de pretendientes de María, que esperaban hallar en ella una fácil conquista; y los celos de Cebada se alarmaron, hasta el punto de abofetear á la actriz en el vestuario una noche en que la vió recibir de manos del marqués de C*** un precioso ramillete. Entonces María hizo entender á su amante que estaba resuelta á recobrar su libertad y que desde ese día iba á habitar en casa de una amiga.

IV

Existía por aquellos años, en mitad de la calle de las Mantas, una casa de dos pisos con ínfulas de callejón, casa que conocimos convertida en fonda y posada, y que hoy, gracias á la influencia del buen gusto, forma los elegantes almacenes de Lynch y Ortiz. La casa, de mezquina apariencia, la constituían dos hileras de cuartos con una temblona escalera al fondo, que guiaba á unas habitaciones altas, donde, con la holgura de una reina en su palacio, residía la más salerosa andaluza que hasta entonces hubiera pisado las orillas del Rimac.

Paca Rodríguez era una garrida muchacha de veinte eneros, con unos ojos del color del mar, decidores como una tentación y hermosos como la luz. Su tez era un poco morena y fresca como el terciopelo del lirio, y sus labios encendidos estaban sombreados de ese bozo, imperceptible casi, que revela la organización vigorosa de una mujer. Para completar el retrato de Paca, digamos que su cuerpo era ágil, esbelto y que respiraba voluptuosidad, gracia y soltura por todos sus poros. Siendo ella bailarina, nos hallábamos obligados á poner al descubierto sus torneadas piernas; pero si hemos de hablar, lector, en puridad de amigos, creemos que mejor es no meneallo y que pasándolas por alto te libertamos de un pecado venial.

Pero, á pesar de lo picaresco de sus ojos, Paca pertenecía á las nobles excepciones de las mujeres de teatro, en lo que nuestra pluma de cronista se da la enhorabuena. ¡Líbrela Dios de verse impelida de sacar á la vergüenza á las Magdalenas de bastidores! Los apasionados de la bailarina decían, á voz en cuello, que era incapaz

de ser razonable y darse á partido, porque tenía la tonta debilidad de estar enamorada de su marido, el actor bufo Rodríguez, el cual hace más de veinte años que murió ejemplarmente en la ermita del Barranco, próxima á Chorrillos. Su memoria no es olvidada aún por los que, hombres ya, recordamos que él supo deleitar nuestra edad de rosa, arrancando no pocas sonrisas á los labios del niño.

Decíamos que Paca traía al retortero y desesperados á un enjambre de galanes. Sin dejar de ostentar esa festiva locuacidad ingénita al carácter andaluz, jamás otorgó una esperanza ni dió motivo para que se la tildase de coqueta. Que una mujer decante virtud porque no ha tenido ocasión de ponerla á prueba, es cosa que se encuentra al torcer cada esquina, y para nosotros es una virtud hechiza y de poca ley. La que no esquiva el peligro y sale de la lucha inmaculada, es, perdónese nuestra opinión en gracia de la franqueza, la mujer de virtud real. Convengamos en que la de Paca era una virtud sólida, á prueba de oro y ataques nerviosos, con lo cual está todo dicho.

Las preocupaciones sociales, por otra parte, en una época en que todavía estaban calientes las cenizas de la hoguera inquisitorial y cuando se creía que el cómico era un excolmugado indigno de sepultura eclesiástica, hacían de las mujeres consagradas al teatro corazones quebradizos como el barro y sin más religión que la vida sensual. Una mujer de teatro se miraba entonces como una alhaja, á la que el capricho, la moda y la vanidad dan precio. Era plato de ricos, como el pavo trufado y las costillas de conejo. Paca, huyendo de ese gazofilacio de prostitución y vicio, junto al que el destino la colocara, se arrojaba todas las semanas á los pies de un sacerdote, que, bastante ilustrado para no rechazarla, la fortificaba con sus consejos y la brindaba los consuelos del cristianismo. Y la esperanza le tendía sus brazos y el amor de la esposa al esposo salvaba su honra de la calumnia.

Tal era Paca la bailarina, ángel que en medio del lozadal supo conservar la blancura de sus alas. Tal era la honesta mujer que abrió las puertas de su casa á la infeliz María.

V

Era el 2 de agosto de 1814 y el pueblo se dirigía en tropel á la alameda de los Descalzos (fundada en 1611), que no ostentaba el magnífico jardín enverjado ni las marmóreas estatuas que hoy la embellecen. Calles de sauces plantados sin simetría, algunos toscos bancos de adobes y una pila de bronce al costado del conventillo de Santa Liberata constituían la alameda, que, sin embargo de su pobreza, era el sitio más poético de Lima. Contémplanse desde él las pintorescas lomas de Amancaes; el empinado San Cristóbal, cuya forma hizo presumir que encerrase en su seno un volcán, y el pequeño cerro de las Ramas, donde contaban las buenas gentes que solía aparecerse el diablo, en cuya busca subió más de un crédulo desesperado. Y en el fondo de la alameda, como invitando al espíritu á la contemplación religiosa, severo en la sencilla arquitectura de su fachada y misterioso como el dedo de Dios, se destaca el templo de la recolección de los misioneros descalzos, fundada en 1592 por el hermano fray Andrés Corzo.

Ni la iglesia ni el convento con su espaciosa huerta, que mide más de cinco fanegadas, ofrecen gran cosa que admirar. En uno de los claustros están la celda que durante algún tiempo ocupó San Francisco Solano, que fué el primer guardián que tuvo el convento, y la que en 1830 habitara el padre Guatemala, que murió en Ica, nueve años más tarde, en olor de santidad. En la portería y bajo un lienzo que representa el misterio de la Concepción de la Virgen, se leen estas palabras, apenas comprensibles para los profanos en Teología:

«Potuit,
Decuit,
Ergo fecit.

¿Pudo el Omnipotente
á su Madre preservar?
Hizolo; era muy decente.
O quiso y no pudo Dios,
ó pudo Dios y no quiso.
Si quiso y no pudo, no es Dios;
ni hijo, si pudo y no quiso.
Digan, pues, que pudo y quiso.»

Aquella tarde tenía lugar la fiesta de la Porciúncula, y desde las doce de la mañana estaban ocupados los bancos por esas huríes veladas, que la imitación de costumbres europeas ha desterrado—hablamos de las tapadas.—¡Dolorosa observación! La saya y manto han desaparecido, llevándose consigo la sal epigramática, la espiritual travesura de la limeña ¿Estará condenado nuestro pueblo á perder de día en día todo lo que lleva un sello de nacionalismo?

La portería del convento estaba poblada de gente pobre, que recibía de manos de un lego escudillas de comida. ¡Verdadero festín de mendigos en que hacía el gasto la caridad cristiana! También la clase acomodada, hermosas mujeres y elegantes donceles, se acercaba á pedir al fraile un trozo de pan bendito. Y no se diga que era el sentimiento de la humildad que encomia el evangelista el que los guiaba, sino la costumbre y la imitación. Allí para nada entraba el sentimiento religioso.

Entre la apiñada multitud se veía una linda joven, sencillamente vestida de negro, que ayudaba á los legos á repartir las viandas y socorría con pequeñas limosnas de dinero á los mendigos. Un hombre, que se hallaba confundido entre los grupos de curiosos, la miró fijamente y murmuró:

—¿No es aquélla la Paca? ¿Y ha venido sola?... Esto quiere decir que María ha quedado en la casa y podré verla sin testigos.

Y aquel hombre, embozándose en su larga capa española, salió de la alameda con paso precipitado. Quien se hubiera entonces fijado en sus ojos, habría leído en ellos un pensamiento siniestro.

De pronto se encontró detenido por un vendedor de suertes.

—¡Patrón! Este número me queda—le dijo el suertero, que para servir á usarcedes era el honrado *Chombo*, el decano de este gremio de vendedores de billetes de lotería, á quien todos los limeños conocemos.

Chombo es un pobre viejo que, como el jorobadito Lumbreras, no ha sabido en su vida sino *asentar* suertes. Cuenta hoy más de setenta años, y Chombo, á imitación de Ashavero, sentenciado por la justicia divina á errar sobre la tierra hasta el fin de los siglos, está condenado por la fatalidad á vender billetes de lotería hasta que se acabe el pábilo de su vida.

El embozado, al sentir que le hablaban, pareció volver de una idea que le preocupaba, y contestó con acento reconcentrado:

—Una suerte... ¡Ah!... Ponga usted... *Para hacer bien por el alma de una que va á morir.*

Chombo lo miró asustado; y á la postre, echando cuentas consigo mismo, escribió el mote que le dictaban, cobró, entregó el respectivo billete, y el hombre de la capa se alejó á buen paso.

VI

Melancólica como la predestinación estaba aquella tarde María en las habitaciones de Paca, recostada en un canapé de terciopelo. Tristes pensamientos dominaban su alma, y acaso entre ellos iba alguno consagrado á la mujer que la llevó en su seno y cuya ternura había olvidado, seducida por los halagos de un hombre.

Desde que María se acogió al amparo de su amiga, Cebada no omitió súplicas ni extremos para obligarla á reanudar un lazo que su cobarde imprudencia había roto. Pero mientras más rogaba él, más crecía la negativa de su querida; que achaque de mujer ha sido siempre desdeñar al que se humilla. Esa tarde María permaneció inalterable, como la fatalidad, á las amenazas y ruegos, hasta que su amante, en un arrebato de desesperación, exclamó: «Pues bien, María, si no has de pertenecerme, no quiero que ningún hombre llegue á poseer tu belleza.»

Y seis veces clavó su puñal en el cuerpo de la desventurada joven...

Tres días después circulaba este soneto en honor de María Moreno, y que es atribuído á D. Bernardino Ruiz, literato de esa época en que brillaban D. Hipólito Unánue, Valdez y el festivo clérigo Larriva:

«Lloren las musas con acerbo llanto
el desgraciado fin de la que un día,
á Melpómene grata y á Talía,
de nuestra escena fué lustre y encanto.
Su primor y despejo pudo tanto
para darla opinión y nombradía,
que el culto espectador ya se creía
pasar desde el placer hasta el espanto.
En la flor de su edad encantadora,
osó en vano apagarle su luz pura
y el sepulcro le abrió mano traidora.
Pues, por vengarla, de esta losa dura
labró el genio un altar en dondemora
el talento, la gracia y la hermosura.»

El soneto no es, en verdad, la octava maravilla; pero lo consignamos á guisa de comprobante histórico.

VII

Rafael Cebada, después de perpetrar el asesinato, tomó asilo en el convento de los descalzos. Grande fué la sensación que su crimen produjo en los habitantes de Lima, que reclamaban el pronto castigo de quien con tanta crueldad había dado muerte á la actriz favorita del público. Pero los días volaban, y no se habría alcanzado á descubrir el paradero del asesino sin una circunstancia providencial.

Recordará el lector que Cebada, pocos momentos antes de penetrar en casa de Paca, compró un billete de lotería Cinco días después hízose la extracción, y el billete resultó agraciado. Cebada mandó llamar con un lego del convento á su amigo el actor Manuel García y le entregó el número, encargándole el cobro de la suerte. El infeliz soñaba proporcionarse con ese dinero los precisos recursos para huir de Lima.

Los amigos se parecen á las navajas de barba: sale una buena entre diez.

García se dirigió sin vacilar á casa de D. Juan Bautista de Lavalle y le denunció el asilo de Cebada, de donde fué extraído, después de largas tramitaciones y formal resistencia del prelado.

D. Juan Bautista de Lavalle fué el primer alcalde ordinario que tuvo Lima por elección del pueblo La Constitución dictada por las Cortes españolas en 1812 otorgó á las colonias esta liberal prerrogativa. Encomendada la causa al señor de Lavalle, éste desplegó gran celo y actividad para su pronta terminación; y cuatro meses más tarde, la Real Audiencia aprobaba y mandaba ejecutar la sentencia. Vanos fueron los argumentos que en su favor expuso el reo, á quien por primera vez en Lima se permitió hablar ante los Tribunales. La conciencia pública, en la que domina una mayoría de partidarios de la ley del talión, exigía el castigo del asesino; y cuando se temió que la influencia y el indisputable talento de D. Jerónimo Vivar, abogado chileno y defensor del reo, hicieran vacilar á los jueces, empezaron á aparecer pasquines en las fachadas del cabildo y del palacio. He aquí uno de ellos:

«¿Sabes que harán con Cebada?
¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!»

La defensa de Vivar, que corre impresa, basta por sí sola para formar la reputación literaria de un hombre. Es una pieza elocuente y galana en la forma.

Copiemos otro de los pasquines que tuvimos la fortuna de hallar en el curioso archivo del Sr. Odriozola:

»Si una traición desvelada
contra inocencia dormida
en tiempo no es castigada,
muy lejos de arrepentida
siempre quedará... cebada.»

En el mismo sitio en que apareció el anterior, los amigos del reo, para despertar la clemencia de los jueces, colocaron otra quintilla de iguales consonantes:

«La justicia desvelada
por la inocencia dormida
no quiere sea castigada
la culpa, si arrepentida
puede quedar no cebada.»

Y por fin, en la pared de uno de los corredores de palacio, se leía este pareado, escrito con carbón:

«¡Abascal! ¡Abascal!
Si ahorcas á Cebada te irá mal.»

Cuentan que la última comedia que representara Rafael en nuestro coliseo fué la titulada *El juez compasivo*, y que aludiendo á ella el señor de Lavalle, al tomar al reo la declaración instructiva, le dijo: «Vengo á representar, á la de veras, el último papel que hizo usted en el teatro.»

VIII

La espléndida defensa de Vivar, unánimemente aplaudida, no alcanzó á torcer la disposición de la ley ni á disminuir en el pueblo la odiosidad contra el amante de María Moreno, que al cabo fué puesto en capilla el jueves 26 de enero de 1815. El 28, á la una del día, salió de la cárcel resignado y valiente. Fué el segundo y el último á quien el verdugo dió en Lima muerte de garrote.

IX

Cuando el gentío empezó á despejar la plaza, el sacerdote que había acompañado al reo se bajó la capucha, se arrodilló ante el cadáver y principió á amortajarlo murmurando: «¡Pobre Rafael! Tu sueño de Salamanca fué la revelación de tu destino... Se ha cumplido para los dos .. ¡Estaba escrito!»

Aquel religioso se llama fray Antonio Espejo.

R. Palma.

Falsificadores elegantes

El juez de instrucción de París, M. Laumandre, ha ordenado la detención de varios jóvenes, como complicados en fabricación de moneda falsa.

El asunto promete dar juego, pues entre los detenidos figuran el hijo de un consejero general de la Mancha, el de un abogado de gran renombre, el de un famoso médico y el de un conocido comerciante de Marsella.

Lo más curioso es que ellos han explicado ante el juez que no fabricaban monedas para lucrarse, sino únicamente para adiestrarse y conocer los secretos de la fabricación.

Las monedas de oro que se les han encontrado están perfectamente imitadas.

Estos monederos falsos no hubieran sido nunca descubiertos si uno de los camaradas no les hubiera denunciado para vengarse por no entregarles sus compinches cierta cantidad que necesitaba.

Veremos cuando los aristócratas se presenten ante el Jurado, lo que éste decide respecto á la culpabilidad.

Asegura un policía inglés que lo mejor para ocultarse, después de haber cometido un crimen, es cometer un delito leve, y cita el caso de un criminal de Manchester, que después de inútiles pesquisas para encontrarle, se vió que estaba sufriendo condena por un delito leve.

Robo en Cádiz

En la farmacia del Sr. García Ramos, en Cádiz, se ha cometido un robo recientemente.

Se cerró el establecimiento á la hora acostumbrada, quedando en él, como siempre, un hermano del Sr. García Ramos (D. Luis) y un criado en sus repectivas habitaciones, una frente á otra, y separadas ambas por el espacio que constituye el centro del establecimiento y próximas á los pasillos que comunican con la finca en su entrada interior.

Los pisos primero y segundo, que habitan el Sr. García Ramos y sus hijos los señores de Matute, estaban solos, por encontrarse la familia de temporada en Extramuros, y en el último quedaron la señora esposa de don Luis y la criada.

Nadie advirtió nada anormal en el transcurso de la noche; pero al salir muy de mañana de sus habitaciones la señora esposa de D. Luis, vió, con el sobresalto consiguiente, que desde la azotea al patinillo ó segundo patio colgaba una soga de esparto, denotadora de que alguien había penetrado en la casa, y otros detalles también observados confirmaban esta creencia. Llamó á su esposo, y como ni éste ni el criado respondieran, creció su alarma, llegando á temer por la suerte de ellos, y en tal virtud, salió al balcón demandando auxilio.

En aquel momento, transitaba por la calle un guarda de jardín, llamado Joaquín Bueno, que terminado su servicio, retirábase á descansar, y en tal actitud, no encontrando manera de entrar en la casa, tocó el pito de alarma, al mismo tiempo que corrió en busca del cabo inspector de municipales, Pardo, á quien acababa de ver, encontrándolo en seguida y marchando juntos á dicha finca, en la que ya se había personado la pareja de municipales y á la que llegaron también el cabo del distrito y el ayudante Sr. Domínguez, comenzando la requisa del edificio y diligencias propias del caso.

De ellas se vino en consecuencia de que los ladrones penetraron por la azotea, bien por la de la casa núm. 27 de la calle de Vea-Murguía ó por la de la casa de los teléfonos, hoy en obra de reparación, y por las cuales es facilísimo el acceso á la del Sr. García Ramos.

Ya en ésta, amarraron la soga á los hierros de la baranda y se descolgaron al interior.

La altura es enorme y se aprecia la exposición que corrieron al poner en práctica este ejercicio de fuerza y agilidad, lo cual denota en los autores experiencia y costumbre en tales artes.

Primero debieron llegar al patio, y sin penetrar en la botica más que hasta el sitio en donde dormían D. Luis García Ramos y el criado, amarraron las puertas de ambas habitaciones con una sola cuerda, de tal manera, que ninguno de los dos podía salir de su encierro, pues al intentarlo, encontraba la retenida con la puerta de enfrente.

Ya así asegurados, para estarlo más, cerraron otra puerta que conduce al patio, aprisionándola con dos grandes garrafones, y después, ya por la escalera, entraron en el primer piso, que estaba abierto, haciendo la primera visita al comedor de la finca, abriendo con fractura algunos muebles, en donde no encontraron nada que excitara la codicia de su rapiña.

Después pasaron á la habitación dormitorio de los señores de Matute, levantando con cuidado la tapa de mármol de una magnífica cómoda, colocándola en un ángulo de la habitación, porque, sin duda, supusieron tarea fácil la de romper la madera de la segunda tapa, no realizándolo para no dar motivo á ser descubiertos.

Pretendieron violentar los cajones de dicha cómoda, sin conseguirlo tampoco, si bien causando sensibles desperfectos en el magnífico mueble.

Pasaron luego á otro gabinete, en una de cuyas mesas y jugueteros había varios objetos de plata, que han desaparecido; de allí dirigiéronse á otra habitación contigua, violentando los cajones bajos de un hermoso armario y sustrayendo de una caja dos magníficos mantones de Manila, uno blanco y otro bordado en colores, y por último, visitaron el escritorio, de cuya mesa también violentaron algunos cajones; pero no otros en donde se encontraban preciadas alhajas, que afortunadamente no cayeron en poder de los ladrones.

Estos, en la inspeción de este último departamento, levantaron, haciéndolas un nudo, las cortinas del cierre que corresponde á la calle de Sagasta, y tuvieron la audacia de encender la lámpara eléctrica que el Sr. Matute obtuvo como premio en el certamen de la Sociedad de Escritores y Artistas, lámpara que está sostenida por una notable figura de bronce y que ha tenido el triste privilegio de prestar sus destellos para la comisión de un delito.

Cuando ya creyeron que no les quedaba nada por reconocer, toda vez que en la botica hubiera sido peligroso entrar, pues al ser descubiertos la evasión era difícil, dado el trabajo que para ello tenían que hacer, porque se avecinaba el día y estaban temerosos de que se les dificultara la fuga, abandonaron el campo de sus fechorías y saltaron por donde mismo habían entrado, sitio que aún no está definido.

En la comisión de este delito se advierte que la persona que organizó su desarrollo es conocedora de la casa, y en este particular convienen todos cuantos han observado detalles del hecho.

Los agentes de la Autoridad comenzaron á practicar pesquisas, siguiendo la pista á un individuo sobre el que recaen determinadas sospechas.

Al enterarse el Sr. García Ramos, en Extramuros, de lo ocurrido, llegó á Cádiz, sin que de la primera inspección que practicó en su finca pudiera determinar lo que faltara de ella, pues si bien observó la ausencia de objetos de plata, suponía que hubiera podido guardarlos su hija la señora de Matute.

Se cree que lo robado no sea más que lo anotado.

Como el suceso se hizo público seguidamente, la farmacia del Sr. García Ramos vióse concurridísima por personas de su amistad, que iban á informarse del suceso.

Celebraremos que éste no tenga más importancia que la apuntada, así como que se llegue al descubrimiento de los autores de estos delitos, que se van repitiendo en Cádiz de manera alarmante.

Madre suicida

Teresa Gaye, de cuarenta años, presentaba desde hace tiempo signos de enajenación mental, y el médico atribuía todo ello á la enfermedad de su hija, de quince años de edad.

Hace unos días, entre las seis y seis y media de la tarde, encontrándose ausente su marido, Teresa subió al cuarto donde se encontraba su hija, y cogiendo una navaja de afeitar, se dirigió al lecho de su hija y dijo:

—Por tí muero

Y con un golpe enérgico se dió tremenda cuchillada en el cuello, que le produjo la muerte instantánea.

Al ver la actitud de su madre, la hija se lanzó del lecho para sujetarla; pero sin fuerzas para conseguirlo, cayó al suelo privada de conocimiento.

Acudió la abuela á los gritos que había escuchado y vió á su hija muerta en medio de un gran charco de sangre y á su nieta sin conocimiento, cerca del cadáver.

Llevó á la nieta á una casa próxima, donde costó no poco trabajo reanimarla, y después avisó al médico y al marido de la suicida.

Ella tuvo necesidad, también, de recibir asistencia facultativa, á consecuencia de las emociones sufridas.

Una costumbre de Siam. Cuando litigan dos personas y no se sabe cuál tiene razón, se las obliga á que se arrojen al agua de cabeza, y la que resista más tiempo debajo del agua es la que gana el pleito.

Fechas sangrientas

Sin remontarnos á la serie de regicidios más allá que el realizado por Ravaillac, asesino de Enrique IV, y Jacobo Clement, desde 1865 la lista de soberanos asesinados es suficientemente larga para que no necesitemos hacer muchas reflexiones.

***

El asesinato del presidente Lincoln causó gran estupor. Por primera vez, un asesino se había dirigido á un simple ciudadano convertido en jefe del Estado por la voluntad del pueblo. El asesino en este caso no iba contra la dinastía, sino contra el primer magistrado de la nación.

El atentado se realizó el 14 de abril de 1865, en Nueva York, y el asesino perpetró su crimen con gran audacia: el presidente Lincoln, acompañado de su señora, del mayor Hatburn y de la señorita Hamis, se encontraba en un palco segundo situado á la izquierda del escenario en uno de los teatros de la capital americana. El mayor, viendo vacilar al presidente, se aproximó á él, al mismo tiempo que un hombre gritaba: ¡Viva la libertad!, y le daba una puñalada en la espalda. A pesar de la lesión, el oficial quiso detenerle; pero el asesino saltó á la escena, y valiéndose de la confusión que se produjo desapareció. Cuando el oficial logró abrir la puerta, el presidente había muerto.

Es probable que sin un accidente, el asesino Booth no habría sido cogido. Después de cometer el crimen, montó á caballo á la puerta del teatro con un tal Harold y los dos se dirigieron hacia Mary's County; pero Booth cayó del caballo, se partió una pierna y tuvo que refugiarse en la granja de un tal Garet, cerca de Port-Royal. Descubierto dos días después por las tropas del coronel Baker, opuso una resistencia desesperada, hasta que una bala le hirió en la cabeza, dejándole muerto.

El acto de Booth inauguraba la serie de atentados en los Estados Unidos, de que habrían de ser víctimas después Garfield y Mac Kinley.

El general Garfield, cuya figura fué célebre en su tiempo, se encontraba en la estación del ferrocarril de Baltimore el 2 de julio de 1881, cuando un tal Guiteau le disparó dos tiros. El presidente sobrevivió tres meses, sucumbiendo el 20 de septiembre. El asesino había nacido en Freepost (Illinois) y había estudiado en sus primeros años, abandonando después toda clase de trabajo. Exaltado, decían unos; loco, decían otros, creyó que con asesinar á Garfield salvaba al partido republicano.



1. Asesinato del presidente Lincoln, en 1865.—2. Explosión de la bomba bajo el carruaje del zar Alejandro II en 1881.—3. Muerte de la emperatriz de Austria en Génova, en 1898.—4. Agresión á Mac Kinley. *(Grabados de la época.)*

Trece años después se registraba el asesinato de Carnot.

En este período, un partido nuevo había hecho su aparición, tomando un título, aprobando reglamentos y acordando una idea única: la propaganda por el hecho. Este partido era el anarquista. Así quizá pueda decirse con apariencias de razón que el crimen de Caserio fué el crimen de un partido, más que el de un hombre. Recordemos aquí la frase de un anarquista al día siguiente del atentado:

«El presidente Carnot ha pagado la muerte de Vaillant, cuyo indulto no ha querido firmar.»

Demostró gran sangre fría subiendo al estribo del carruaje del presidente en Lyón é hiriendo con golpe seguro.

Caserio había dicho: «Prefiero el cuchillo, porque es más seguro.»

Condenado á muerte, fué ejecutado, á pesar de las amenazas de sus compañeros.

A partir de esa fecha, los atentados contra los jefes de Estado aumentaron de un modo alarmante. A pesar de las precauciones adoptadas, los asesinos llegaban hasta su víctima.

En este museo del crimen desfilan lúgubremente Mollah Rezzah, asesino fanático del sah de Persia Nasr-ed Dine en 1896.

Este crimen fué debido al fanatismo, á la fe religiosa y política, y el sah conoció al principio de su reinado las amenazas de los conjurados. Una vez (acababa de ser coronado) al dirigirse á su residencia de verano, tres hombres, pertenecientes á la secta *Babis*, se colocaron delante de él y le dispararon varios pistoletazos. Una sola de las balas le hirió, si bien ligeramente. Los culpables fueron condenados á muerte, y la ejecución se llevó á cabo con

refinamientos de crueldad desconocidos. El 1.º de mayo de 1896, al entrar en la mezquita de Abdul Arim, fué muerto de un pistoletazo por otro babi, heredero de los que con anterioridad habían atentado contra su vida.

Dos años después, un nuevo crimen de este orden se registró en Europa. Más horrible que los anteriores, porque iba contra una mujer y mereció la reprobación universal. La emperatriz Isabel iba de paseo en Génova cuando un individuo, llamado Luccheni, se echó sobre ella y la hirió violentamente. La víctima pudo andar doscientos metros, cayendo después muerta. El asesino había cometido su crimen con una lima.

Fué detenido y no cesó de cantar por el camino, vanagloriándose del hecho realizado.

Los italianos tenían que seguir añadiendo nombres para aumentar su triste celebridad.

El 30 de julio de 1900, Bresci asesinaba al rey Humberto á tiros de revólver, conservando también su sangre fría durante el proceso.

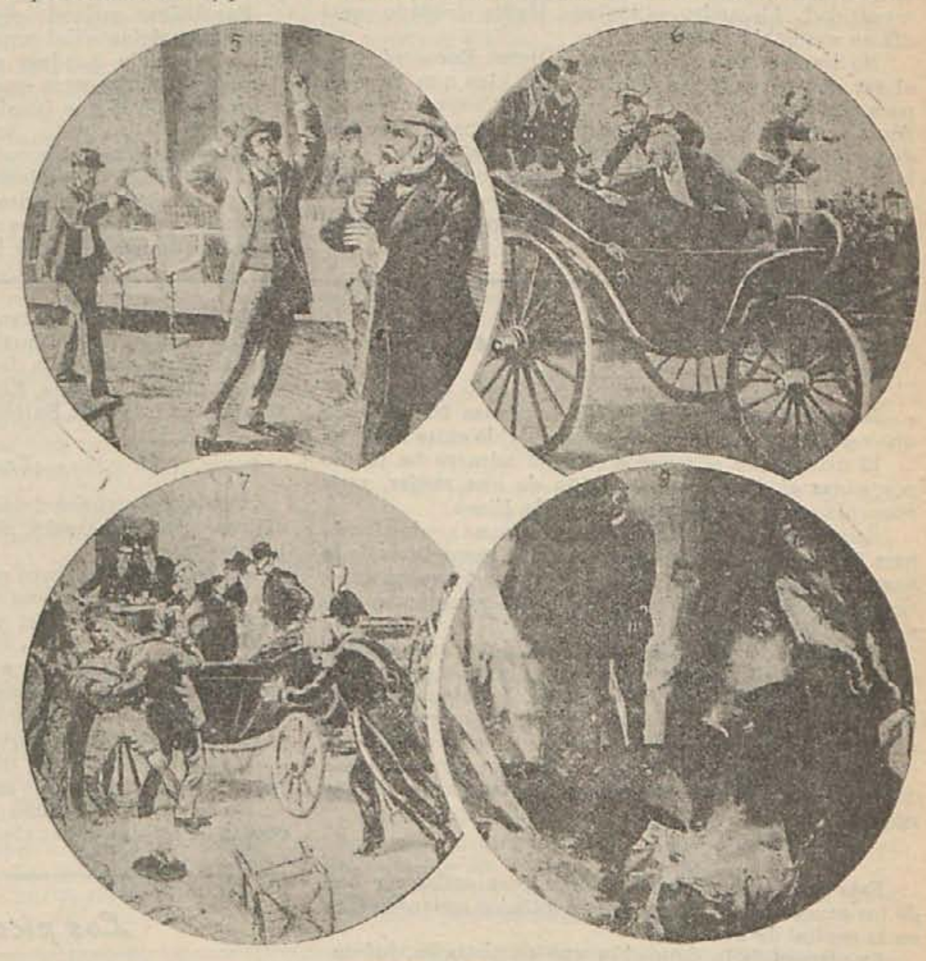
Al morir el rey, la reina Margarita dijo:

«Al matarle, se ha cometido el mayor crimen del siglo. Humberto era bueno y leal. Nadie como él ha querido á su pueblo. No odiaba á nadie.» Los atentados siguieron sucediéndose. En 1901, el presidente Mac-Kinley fué asesinado por Crolgosz.

En 1903 se registra la horrible tragedia de Belgrado, donde perecieron el rey Alejandro y la reina Draga. Este último puede considerarse más bien como un acto revolucionario, no por eso disculpable. Los asesinos no fueron condenados. Eran demasiados y ninguna jurisdicción se atrevió á poner mano sobre ellos.

Si el asesinato de Mac Kinley fué la obra de un loco, no puede decirse otro tanto del cometido recientemente en la persona del rey de Portugal y del príncipe heredero. El nombre de estos asesinos no podrá concretarlo la historia, porque la mayoría de ellos murieron en la calle por los disparos de la Policía.

Podría suponerse que Rusia, tierra de revolucionarios, figuraría á la cabeza de esta lúgubre nomenclatura. Únicamente el zar Alejandro II fué asesinado, y quizá los esfuerzos que hicieron los nihilistas sea un pronóstico de seguridad para los soberanos rusos en el porvenir.



5. Asesinato de Garfield, en 1881.—6. Muerte de Carnot en Lyon.—7. Asesinato en Monza del rey Humberto.—8. Muerte del rey de Servia en Belgrado.

A este propósito decía un nihilista:

«No realizaremos más atentados contra los zares. Causan mal efecto en los campos y cuestan muy caro. Sabed que hemos gastado millones para suprimir á Alejandro. Por el mismo dinero podríamos suprimir á gran número de ministros y gobernadores.»

Los atentados contra el zar Alejandro II fueron innumerables.

Uno de los más famosos fué el siguiente: Los nihilistas compraron una casa frente al Palacio de Invierno é hicieron un



1. Emperatriz Isabel de Austria.—2. Alejandro II de Rusia.—3. Presidente Garfield.—4. Mac Kinley.—5. Lincoln.—6. Carnot.—7. Nasr-ed-Dine.—8. La reina Draga.—9. Alejandro de Servia.—10. El rey don Carlos.—11. Humberto I.—12. Luís Felipe de Braganza.

túnel que terminaba precisamente debajo del comedor del zar. Por confidencias sabían que el emperador se sentaba á la mesa á las doce y cuarto y se levantaba á la una menos cuarto. Decidieron, pues, realizar el acto á las doce y media. Colocaron gran cantidad de pólvora, pusieron las mechas y la explosión fué formidable. Por una dichosa casualidad, Alejandro salió ileso. Había quedado aquel día en sus habitaciones

No desesperaron por eso los nihilistas. Encontrándose el zar en su residencia de Gatchina, hizo que llevasen para su distracción un circo italiano, en cuya compañía figuraba una joven de extraordinaria belleza. Un capitán de cosacos, enamorado de la *écuyère*, fué convencido por los nihilistas y disparó dos tiros contra el emperador cuando se encontraba con la artista. Los disparos no hicieron blanco, y el capitán murió á manos de los oficiales de la guardia.

De otro atentado fué víctima, por dos desconocidos, una tarde que paseaba en carruaje, y tambien salió ileso.

El cuarto atentado fué en Crimea, en la línea férrea, y también fué sin resultado, porque la bomba hizo explosión demasiado tarde.

Por último, saliendo el zar para una revista, estalló una bomba delante del cortejo y otra detrás, lo que hizo que el carruaje quedase aislado unos momentos; el tiempo suficiente para que un hombre se aproximase y arrojase otras dos bombas, que causaron la muerte del zar.

Hagamos fervientes votos por que la razón, iluminando las descarriadas inteligencias de los sectarios de esas criminales ideas, eviten hechos tan punibles y ante los cuales toda protesta es poca; no hay execración bastante en plumas, labios y libros ..

Desafío de apaches.

Raramente se leerá algún día la prensa francesa sin que registre un hecho sangriento ocurrido entre apaches.

El último que recogemos en este número ha tenido por causa el disputarse el cariño de una mujer, muy conocida entre el hampa por la *Bella Elena*.

Cerca del boulevard de Belleville (lugar predestinado para las fechorías de los apaches), dos inspectores de la Seguridad detuvieron á tres apaches que la noche anterior habían tomado parte en un hecho sangriento desarrollado en Bultes Chaumont.

Entre los dos agentes detuvieron á los tres quitándoles los cuchillos antes de que pudieran hacer uso de ellos, y seguidos de la *Bella Elena*, á quien conducía otro agente, llegaron á la Comisaría, no sin grandes dificultades, pues la mujer no dejaba de lanzar improperios, hasta que consiguió que acudiesen otros apaches dispuestos á librar á sus colegas de las garras de los agentes.

Una mujer fué la causa...

Esta cuádruple detención sirve para esclarecer uno de los sangrientos misterios desarrollados recientemente en la capital de Francia.

La víspera de la detención que nombramos, fué encontrado un hombre en el pasaje del Puits con nueve profundas heridas en el pecho. Llamábase el sujeto Víctor Dupleix, y fué transportado al hospital de San Luis en estado gravísimo. Interrogado, respondió con evasivas, tratando de despistar á la Justicia y atribuyendo el hecho á causas fantásticas.

¿Por qué este misterio?

Últimamente había encontrado á su antigua querida, la *Bella Elena*, y ésta le manifestó que mientras él había permanecido en el servicio, había encontrado ella otro hombre al que había entregado su corazón. Llamábase éste Marcel Beauvais, á quien juzgaba capaz de matarla si sabía que le cometía alguna infidelidad.

Pero Elena no olvidaba á su antiguo amante, y se lo demostró pasando una noche de juerga, aprovechando que el nuevo amante había sido detenido.

Estas pruebas de amor se repitieron, y, por último, Beauvais se pudo convencer por sus propios ojos de que su querida le era infiel.

Duelo á la luz de la luna.

Al encontrarlos una noche, Beauvais se adelantó, y encarándose con Dupleix le dijo que soltase á la mujer.

—Si no—dijo el apache - voy á beber tu sangre.

—Esta mujer es mía—respondió Dupleix.

Pero el público se había apercibido de la contienda; acudieron agentes, y los contrincantes, de común acuerdo, decidieron entenderse en un lugar apartado, donde nadie les molestase.

Acordaron también que la *Bella Elena* presenciara el duelo y entregara su corazón al que saliese triunfante.

Los apaches de la Courtille, en número de veinte, vigilaban en la parte baja de la calle de las Dunas, mientras Duplaix, Beauvais, Elena, Bouchain y un tal Bibi se dirigían hacia las Bultes.

¡Traición!

Duplaix marchaba delante; Bibi y Elena seguían á algunos pasos; Chassain, Bouchain y Beauvais cerraban la marcha.

De pronto, Elena tuvo miedo y huyó Uno de los apaches acababa de decirle en voz baja que Beauvais se proponía matar á su rival y después hacer con ella lo mismo.

Entonces, uno de los amigos de Beauvais, cuchillo en mano, obligó á detenerse á Duplaix.

En el mismo instante, el rival clavó traidoramente el puñal en la espalda y huyó.

Beauvais explica esto diciendo que realizó el crimen por temer que su rival le matase, por ser más fuerte.

En el número próximo puede que tengamos que dar cuenta de otro hecho análogo.

Los pícaros celos

El día 8 del presente mes se oyeron voces demandando socorro, que procedían de la casa núm. 23 de la calle de la Puerta de San Juan, en Niort.

La habitación la ocupa M. Rousseau, comerciante.

Al penetrar los guardias en la habitación, vieron á Rousseau en el suelo, cubierto de sangre, rechazando á su agresor.

Entre todos lograron sujetar al agresor, un tal Montenil, agente de negocios.

Parece que hace varios meses este último se separó de su mujer, por considerar insoportable la vida en común, y la mujer, sin disponer de recursos, entró como sirvienta en casa de Rousseau.

Conducido á la Gendarmería, Montenil explicó que había querido vengar su honor de marido ultrajado, por tener la certidumbre de que su mujer hacía vida marital con su amo.

La víctima fué llevada al hospital en grave estado.

En Inglaterra se ha establecido un sistema en los trenes, para que los viajeros puedan avisar en caso de peligro.

Consiste en una serie de cadenas, una en cada asiento, dispuestas de modo que al hacerlas accionar, obran sobre el freno automático, parando instantáneamente el tren; al propio tiempo, asoman dos discos rojos por las ventanillas, que indican á los empleados cuál es el coche en que se ha producido la alarma.

Es un buen procedimiento para ahuyentar á los ladrones.

Los sátiros

Los hechos han ocurrido en Francia. Afortunadamente, en España, y, sobre todo, en Madrid, no disfrutamos de la aureola de capital del mundo civilizado, que, por lo visto, trae aparejadas otra infinidad de cosas, entre ellas los apaches, los crímenes misteriosos y los sátiros.

Si algún delito asqueroso se registra en nuestros anales, puede decirse que es un hecho aislado que no tiene importancia relativa.

Y dichas estas líneas á modo de preámbulo, hablemos de los hechos recientes registrados en Francia con el nombre de crímenes odiosos.

Padre que abusa de su hija.

La Gendarmería de Brest ha detenido á un sujeto llamado Juan Bonnet en la isla de Ouessant.

El detenido, que era agricultor, se dedicaba también á la pesca. Tiene cincuenta y cuatro años y se le acusa de haber abusado en diferentes ocasiones de su hija mayor, de diez y nueve años, una preciosa joven.

No conforme, sin duda, con satisfacer sus brutales instintos, había amenazado matar á su mujer y á todas sus hijas si éstas se atrevían á denunciarle como autor de la violación cometida.

Algunos anónimos recibidos por el procurador de la República han dado á conocer estos hechos.

Como decimos al principio, ha sido encarcelado y ante la Justicia responderá de su repugnante delito.

A la vejez...

Un granjero, establecido cerca de Angers, al encontrarse enfermo hizo llamar á un tío suyo, sujeto de sesenta y cuatro años.

Este, llamado Pedro Fourré, tuvo que acostarse en la misma habitación que una hija de su sobrino, llamada María Lecoarbe, por no tener el local otras habitaciones á propósito para el caso.

El viejo, á media noche, despertó, y sin hacer caso de otra cosa que de sus apetitos carnales, cogió violentamente á la muchacha, que tiene nueve años, y abusó de ella brutalmente.

Satisfechos sus apetitos, la amenazó de muerte si se atrevía á denunciarle.

Por fortuna, las amenazas no hicieron mella en la niña, que denunció el hecho brutal de que había sido víctima, siendo detenido el autor.

La víctima, además de los ultrajes sufridos, presentaba contusiones y erosiones en diferentes partes del cuerpo. Su estado es grave.

Violación en carruaje.

También en Angers se ha registrado otro caso.

Una muchacha de diez y ocho años, llamada Gabriela Fronin, hija de un guarda rural, que regresaba del mercado de Chemillé, fué perseguida por un tal Jacobo, que se dió maña para hacerla subir á un carruaje que conducía.

Este sujeto, que se asegura es hijo del alcalde de Cossé, empezó á insinuarse con la joven en tal forma, que ésta empezó á demandar auxilio.

Por fortuna, un ciclista que oyó los gritos acudió presuroso, librando á la víctima y haciendo huir al innoble sátiro, que sólo á medias había logrado su propósito.

Sátiro borracho.

Un sujeto, en completo estado de embriaguez, se situó en el núm. 14 de la calle de la Roquette (París) y detenía á cuantas jóvenes transitaban, haciéndolas proposiciones deshonestas y accionando más de lo debido.

Dos agentes, advertidos por alguna de las jóvenes, trataron de detener al sátiro, lo que no fué cosa fácil. Se defendió á puñetazos y puntapiés, y no sin grandes esfuerzos se consiguió reducirle á la obediencia.

Se trata de un obrero mecánico, Andrés Delprat, de veinticuatro años, que no es la primera vez que se le detiene por actos análogos.

Y por último...

Dauret, de treinta y cinco años, al regresar de la fiesta de Mesnil Saint-Firmin (Oise), intentó abusar de la joven Delacour (de trece años), que le acompañaba.

La oportuna intervención de unos gendarmes evitó que el hecho se consumara.

Treta de un fumador

El Sr. Derschats, ministro de Ferrocarriles de Austria-Hungría, tomó un día el tren en una de las estaciones próximas á Viena. El ministro no solamente no fuma, sino que lleva su horror al tabaco al extremo de no poder siquiera soportar su aroma. Por esto su estupor fué grande cuando en el vagón de no fumadores, al que había subido un viajero sacó una petaca de piel de Rusia, y escogiendo un buen cigarro, lo encendió flemáticamente.

El Sr. Derschats tosió ligeramente al principio, luego más fuerte y al fin estrepitosamente. Ni por esas. El impertérrito fumador siguió fumando, fumando, fumando...

—Caballero—dijo sin poder contenerse el ministro—, me permito hacer notar á usted que estamos en un vagón de no fumadores.

—Sí—respondió su compañero de viaje lanzando una bocanada de humo azulado—; pero me río de ello.

—Pero las Autoridades...

—¿Las Autoridades? Me río de ellas.

—¡Caballero! Soy el ministro de Ferrocarriles de Austria-Hungría.

—¿De veras?

—Sí, caballero: tengo esa suerte. He ahí mi tarjeta.

El fumador, siempre imperturbable y con el cigarro en la boca, tomó la cartulina, la leyó con calma, se la metió en un bolsillo y continuó fumando bonitamente, limitándose á contestar:

—¿Conque es usted realmente el ministro? Pues bien, yo me río de ello.

Al parar el tren en la primera estación, el ministro llamó á gritos al jefe.

—¿Qué se ofrece?

—Este caballero, que se obstina en fumar, á pesar de mis observaciones. Ruego á usted que tome nota de su nombre.

—¿Cómo se llama usted?

El interpelado sacó sin vacilar la tarjeta del ministro, que alargó dignamente al jefe de estación, quien después de pasar sobre ella los ojos, hizo una reverencia, diciendo:

—Perdone V. E.; no sabía á quién tenía el honor de hablar. Si ese hombre—añadió señalando al Sr. Derschats—no promete dejar en paz á V. E., le obligaré á bajar.

El tren partió.

Después de algunos instantes de silencio, el ministro comprendió la broma y se echó á reir de la mala pasada que le había jugado su flemático compañero de viaje.

Se asegura que el policía más rico del mundo es el gran Kel John ó Leary, que posee en fincas un capital de seis millones de pesetas.

***

En Bélgica se entrega á los prisioneros, al ser puestos en libertad por haber cumplido su condena, tres décimas partes de lo que han ganado con su trabajo.

La ciencia frenológica

La frenología es para el vulgo el medio de leer el carácter en las prominencias de la cabeza, y se la supone muerta y olvidada desde hace tiempo. La mayoría se sorprenderá al saber que revive esa doctrina de una manera científica, á pesar de que la vieja palabra *frenología*, que tiene, sin embargo, una mala reputación, ha sido abandonada.

Los que conocían la historia del caso saben que el gran anatomista y fisiólogo Gall, descubridor de la doctrina, nunca usó el término *frenología*. Fué adoptado por su discípulo, el doctor Spurzheim, y casi se hizo una ciencia establecida cuando *profesores* ambulantes del arte de leer en la cabeza invadieron el país, y sus lecturas y demostraciones trajeron tal descrédito al asunto, que ningún médico, ni hombre de ciencias que estimara su reputación quiso identificarse con él. El doctor Gall, su descubridor, médico de gran fama, vivió en Viena á principios del siglo XVIII.

Habiendo el Gobierno austriaco prohibido sus conferencias por supuesta tendencia materialista, el doctor inició una jira por la Europa central demostrando sus descubrimientos en todos los centros universitarios. Finalmente se estableció en París, donde murió en 1828, poco después de haber dado á publicidad su monumental obra *La anatomía y fisiología del sistema nervioso en general y del cerebro en particular*. Cualesquiera de sus descubrimientos anatómicos lo hace inmortal; pero aquí nos ocuparemos únicamente de la parte de su obra á la cual sus discípulos dieron el nombre de *frenología*.

Para apreciar ese trabajo, debemos recordar que antes de su época, el pensamiento era considerado como una entidad intangible, ó una esencia no material, y sus desórdenes eran supuestos como aflicciones incomprensibles. El cerebro era considerado puramente como la fuente y centro de la influencia nerviosa, pero sin que poseyera función mental alguna. Por eso lord Jeffrey, entonces redactor de la *Edimburgh Review*, escribía: «No hay la más mínima razón para suponer que el pensamiento actúa siempre como agente de una estructura material.»

Gall comparó la organización del hombre con la de los animales, y trazó la sucesión del desarrollo del cerebro y sistema nervioso desde el tipo inferior de la vida animal hasta el que más se aproxima al género humano. Enseñó, hace más de un siglo, lo que los más eminentes investigadores han reconocido nuevo hace algunos años solamente. Sin embargo, si comparamos el cerebro humano con el de los animales, observamos que hay una parte de cerebro, conocido como los lóbulos frontales, cuya dimensión distingue al hombre de creación inferior y da á su frente esa sensible apariencia que no posee el animal.

A medida que ascendemos en la escala de la inteligencia animal, hallamos que en proporción al resto del cerebro, los lóbulos frontales aumentan en dimensiones, hasta que su superficie mide un tercio de la superficie total del cerebro. Los lóbulos frontales, aun en los mayores monos, alcanzan en dimensión solamente á aquellos del idiota microcéfalo más inferior; y mientras que los otros lóbulos del cerebro en el hombre y animales no muestran tal falta de proporción. Gall—hace un siglo—y los investigadores actuales han establecido la conclusión de que los lóbulos frontales contienen los centros que son característicamente humanos; es decir, los centros de las operaciones intelectuales y los más elevados sentimientos morales únicamente. Que esto es así está probado por enfermedad de esta parte del cerebro, cuando las más altas cualidades mentales—llamadas juicio y razón—son afectadas, y hay una pérdida de contralor propio con el consiguiente cambio de carácter, debido á la ausencia de limitación, la cual obra comúnmente sobre las facultades intelectuales.

Para muchas personas es un enigma que haya cerebros grandes con pobre intelecto, y pequeños cerebros con grandes luces de espíritu, porque no toman en cuenta el hecho de que son solamente los lóbulos frontales y no la masa entera del cerebro, los que están ligados con las funciones intelectuales. ¿No tienen también cerebro los animales, y algunas veces mayor que el hombre? No es cuestión de calidad tampoco; con dos hombres de la eminencia intelectual de Cuvier y Gambetta, ocurre que uno encabeza la lista con el mayor cerebro, mientras que el otro la termina con el menor. El cerebro de Cuvier pesaba 1.811 gramos y el de Gambetta sólo 1.104, lo cual está considerablemente por debajo de la cantidad normal. Ambos hombres tenían los lóbulos frontales muy grandes, y es de acuerdo con su dimensión como varía el intelecto.

El resto del cerebro tiene relación con las funciones que tenemos comunes con los animales. Por lo tanto, un hombre con un cerebro muy pequeño puede, sin embargo, distinguirse por sus dotes intelectuales, como Gambetta, siempre que la mayor masa de su cerebro esté situada en la región anterior; y un hombre puede ser intelectualmente un idiota, aunque tenga un cerebro de la misma dimensión ó aun mayor, si es que la mayor parte de él está situado en las regiones posterior y laterales.

Con el reconocimiento de la importancia de la parte anterior del cerebro, como únicamente aceptado con las mayores capacidades intelectuales, admitimos inmediatamente uno de los descubrimientos fundamentales de la frenología. Y este principio contribuye, á veces, á hacernos entender los razonamientos expuestos por observadores ignorantes, que algunas partes del cerebro pueden ser destruídas sin pérdida de ninguna facultad mental.

Examinando se encontrará que semejantes destrucciones se han verificado fuera de los lóbulos frontales: á los lados ó en la parte posterior de la cabeza, donde se encuentran localizados los sentimientos que tenemos comunes con los animales. No admitiendo que éstos tengan localización alguna, no se nota el cambio en el carácter y conducta de la persona, en lo que se refiere á intelectualidad. Parece absurdo, sin embargo, á cualquiera que deba creer que el cerebro puede ser dañado ó herido sin consecuencia alguna para el individuo. Si fuera así, ¿para qué serviría el cerebro? Esta es una cuestión de no poca importancia, porque es creencia general que no hay muchas personas en manicomios que se hayan vuelto locas por molestias recibidas en su juventud y que si las consecuencias hubieran sido del dominio público, hubieran podido ser atendidas á tiempo.

Gall miraba al cerebro, no como un simple centro, sino como formado por un cierto número de distintos centros, cada uno de los cuales posee funciones especiales, aunque sea en conexión con todos los demás. El trató también de definir una cantidad de estos centros y coleccionó un gran número de observaciones, referentes á su energía natural y manifestaciones en estado enfermo. Comparó siempre el desarrollo del cerebro con el desarrollo mental, y examinó criminales y dementes al mismo tiempo que personas notables por sus peculiaridades de capacidad ó conducta, y verificó sus conclusiones por exámenes *post mortem* siempre que pudo. Se verá, sin embargo, que él era una persona muy distinta del tipo en el cual se ha desarrollado el popular frenólogo de nuestros días. Es esta parte de la doctrina llamada localización cerebral la que tan violentamente ha tenido oposición durante tanto tiempo; pero los descubrimientos de Gall han sido nuevamente descubiertos por otros métodos de investigación en época reciente. Naturalmente, semejante trabajo no puede ser perfecto, á menos que lo aborde un verdadero hombre de ciencia.

Solamente por medio de varios que trabajan independientemente y persiguiendo el mismo objeto es como se llegan á establecer las verdades científicas.

Desgraciadamente, los sucesores de Gall no tenían ni

su genio, ni su carácter, ni aun una concepción clara de su método. El mismo protestó, en el prefacio del tercer volumen de su gran obra, contra las malas conclusiones de su anterior discípulo y ayudante el doctor Spurzheim, quien le abandonó de una manera descortés en busca de su propia gloria en la Gran Bretaña. La cuestión del descubridor no era sobre la manera de predecir el carácter de la gente por la inspección de la cabeza; pero sí cómo se pueden establecer las funciones del cerebro. El doctor Spurzheim y sus sucesores, George Combe y el doctor Andrew Combe, tuvieron éxito algún tiempo, conquistando discípulos para su doctrina, la cual revolucionó nuestros métodos de filosofía y de educación.

Cuando la frenología fué tomada por los improvisados *profesores* y practicada para diversión en audiciones populares, se convirtió en la ciencia del jactancioso y del charlatán, y revistas médicas como la *Lancet*, las cuales anteriormente dedicaban mucho espacio al respecto, no la admitieron más en sus páginas.

Antes de la época de Gall, los locos eran tratados más como bestias furiosas que como seres humanos. Se acostumbraba á exhibirlos al público en ciertos días de la semana, cobrándose solamente dos peniques. Era costumbre para los pilletes de la ciudad y aun para las mujeres befarse y remedar á los dementes, con objeto de hacerlos enfurecer; á veces, á los que no eran impulsivos se les ataba como salvajes á una pared. Las cadenas se abolieron en 1815; pero las esposas y chalecos de fuerza se consideraban objetos indispensables en todo manicomio.

Las reformas en el tratamiento de los dementes son debidas, en la Gran Bretaña, al doctor Conolly, quien manifestó públicamente que sus ideas habían sido inspiradas por los tres frenólogos y contemporáneos doctor Spurzheim, George Combe y doctor Andrew Combe. En Alemania, un sobrino y tocayo del doctor Spurzheim introdujo el sistema no limitado en el tratamiento del demente; y en Francia fué el doctor Pinel el más entendido reformador.

Recetas y procedimientos útiles

Síntomas y primeros auxilios en los casos de envenenamiento.

Acido acético.—Se manifiesta con olor de vinagre en el aliento, violentos dolores abdominales, vómitos; á veces, convulsiones, colapso, muerte. El ácido acético puede destruir la mucosa del esófago y del estómago y hasta producir la perforación. Debe administrarse magnesia á voluntad, leche, aceite, harina de avena espesa, y el médico inyecciones hipodérmicas de clorhidrato de morfina y de éter.

Acónito.—Se siente calor en el estómago, picor en la boca, labios y lengua, sensación de constricción en la garganta, frecuentes movimientos de deglución, náuseas y á menudo vómitos, hormigueo, que á veces se extiende á toda la superficie del cuerpo; embotamiento de la extremidad de los dedos, pérdida de la sensibilidad táctil, sordera, trastornos en la visión. Pulso fuerte y frecuente, después irregular y más tarde imperceptible. Respiración débil y poco frecuente. En algunos casos, convulsiones, pero, generalmente, nada de delirio ni coma. Pupilas dilatadas y, si hay convulsiones, contraídas. Postración considerable. Transpiración fría y viscosa al final.

Se practican lavados del estómago ó se hace ingerir vomitivos: ipecacuana, apomorfina. Se le darán estimulantes á voluntad: alcohol, amoníaco y sus sales. Si no los retiene en el estómago, se diluyen en agua y se dan en enemas.

Fricciones, hasta hacer entrar en calor, en las extremidades. Masaje, sinapismos.

El médico, inyecciones hipodérmicas de un miligramo de sulfato de atropina ó administración de XX gotas de tintura de belladona por la boca ó en enema, y si el pulmón mejora, repetir la dosis al cuarto de hora.

Alcanfor.—Olor en el aliento, vértigo, desfallecimiento, trastornos en la visión, ruído de oídos, delirio, convulsiones, cara contraida, enfriamiento de la superficie del cuerpo, sudores. Algunas veces, escozor y deseos de orinar. Pulso rápido y débil, respiración difícil. Nunca hay dolores ni vómitos. La curación puede ir presidida de un largo sueño con sudores abundantes.

Se lava el estómago ó se administran vomitivos. Estimulantes á voluntad: sal volátil, inhalaciones de éter. Si el alcanfor ha sido tomado en forma sólida, no se debe dar ninguna bebida espirituosa.

En las extremidades, mantas calientes, botellas de agua caliente, fricciones con alcohol. Duchas calientes y frías, alternadas, sobre el pecho.

Alcohol.—Confusión de la inteligencia, aturdimiento, dificultad de tenerse en pie, marcha vacilante, cara encendida, algunas veces pálida; conjuntivas inyectadas, pupilas dilatadas y fijas, á veces contraídas, ojos huraños, labios lívidos, aliento alcohólico, piel cubierta de sudor, en una palabra, borracho como una uva. Pueden sobrevenir convulsiones, coma y hasta la muerte. Es frecuente notar una mejoría aparente y producirse la muerte dentro de las veinte horas.

Se darán vomitivos ó se lavará el estómago.

En tanto no llega el médico, estimúlesele de todas maneras. Golpéesele con una toalla mojada, pellízquesele, háganseIe fricciones, flagélesele. Se administrará café fuerte adicionado con XV gotas de amoníaco. Duchas frías y calientes alternas. Inhalaciones de amoníaco ó de nitrito de amilo.

Arsénico. Acido arsenioso. Arsénico blanco.—Aparecen los síntomas al cabo de un cuarto de hora ó una hora después de la absorción. Sensación de calor y constricción en la garganta, sed ardiente, dolor quemante en el estómago, náuseas, vómitos alimenticios biliosos, raramente sanguinolentos. Estas materias pueden ser verdes como la bilis, negras como seda ó azules como el índigo. Diarrea serosa, coleriforme. Dolores abdominales. Pulso pequeño, frecuente, irregular, haciéndose en ocasiones imperceptible. Angustia respiratoria. Piel fría y viscosa. En los casos subagudos puede aparecer en la piel una erupción (eczema arsenial).

Lavado del estómago, vomitivos: ipecacuana, apomorfina, administración de una gran cantidad de agua caliente ó salada. (Es importante que el veneno sea devuelto íntegro por el vómito.)

Hierro dialisado, 30 gramos, en varias veces.

Mientras no llega el médico, magnesia en abundancia, aceite de nuez ó aceite común, ó partes iguales de aceite común y agua de cal, dosis considerable y repetidas á menudo. Estimulantes á voluntad si hay postración. Bebidas mucilaginosas, tales como clara de huevo, tisana de cebada y simiente de lino.

Mantas calientes, botellas calientes, fricciones.

Si los síntomas agudos disminuyen, cataplasma de harina de linaza en el abdomen é inyección hipodérmica de clorhidrato de morfina.

Bicloruro de mercurio.—Labios y boca blanquecinos y tumefactos. Sabor metálico. Sensación de constricción en la garganta, extensiva hasta el estómago. Dolor vivo en el estómago. Náuseas con vómitos de materias mezcladas con sangre. Diarrea abundante, evacuaciones mucosas y estriadas de sangre. Cara tumefacta y encendida, ó bien pálida y angustiosa. Pulso pequeño, frecuente é irregular. Piel fría y viscosa. Respiración difícil. Suspensión de las orinas, síncope, convulsiones.

Debe dársele agua con clara de huevo en cantidad ilimitada. Harina y agua, arrow-root, avena, tisana de cebada y, en general, todo lo que contenga albúmina en abundancia.



—Con vos, padre mío—dijo á su vez Esteban arrodillándose ante el gobernador, al lado de su querida Dolores.

Al verlos así, Manuel Argoso pareció sentir un sumo gozo. A pesar de la extrema debilidad de sus miembros rotos por el tormento y ya paralizados por la muerte, levantó penosamente sus dos brazos, tomó la mano de su hija, la puso en la de Esteban, y murmuró con una expresión de alegría celestial:

—Yo os bendigo, no os separéis jamás, y huid... huid...

—¡Con vos! ¡con vos!—repetía Dolores desolada.

—¡Sí!... llevaos mis cenizas... ellos las arrojarían al viento... adiós... amaos... siempre...

Estas palabras, entrecortadas por los últimos suspiros de la agonía, habían extinguido lo poco que quedaba de vida en aquel cuerpo destrozado.

Manuel Argoso cerró los ojos, su cabeza quedó colgando hacia atrás, su cuerpo se estremeció con una ligera convulsión, y la mano helada de la muerte detuvo en sus labios un nombre comenzado: el de su hija.

Dolores no dió ningún grito, no vertió ninguna lágrima; volvióse hacia Esteban con los ojos enjutos, los labios blancos y convulsos; y juntando las manos con aire suplicante, le dijo, mirando al que acababa de expirar:

—Él nos seguirá, ¿no es verdad?

—A todas partes—respondió Esteban.

Besó piadosamente Dolores la frente pálida de su padre; después cubrió su rostro con un ancho velo de batista que le entregó Juana, y en aquel momento llegó José.

Por la actitud de los personajes que ocupaban el aposento, comprendió luego lo que acababa de pasar, y sus dos manos se contrajeron convulsivamente por un movimiento enérgico de desazón y cólera.

Su presencia enterneció profundamente á Dolores, cuyos ojos, que hasta entonces habían permanecido enjutos y ardientes, se inundaron en tristes lágrimas; arrojóse llorando en los brazos de ese fiel amigo que la había salvado; después, con un gesto de mudo y elocuente dolor, le señaló el cadáver que parecía dormir en calma y tranquilidad.

—He hecho cuanto he podido, ¡Dios mío!—dijo José con enternecimiento.

—Lo sé—dijo ella—; vos habéis arriesgado vuestra vida, pues si el inquisidor hubiese descubierto...

—¡Mi vida!—interrumpió el joven religioso con aire de indiferencia y de abatimiento—; ¿qué vale mi vida y para qué puede servir?

Arrastró Esteban al joven dominico al otro aposento, para no turbar el religioso silencio de la muerte.

Dolores permaneció arrodillada ante el cadáver de su padre.

—Padre José—dijo Esteban cuando estuvieron solos—, el difunto nos ha mandado dejar á España; perseguidos como estamos, es cosa muy difícil; sin embargo...

—Yo providenciaré—dijo José.

—Nos ha mandado llevar sus restos.

—De eso me encargo también—respondió el joven dominico—, partiréis dentro de tres días, cuyo plazo me es indispensable para prepararlo todo. Hasta entonces, permaneced ocultos; no os dejéis ver por Sevilla, pues vuestra existencia se hallaría comprometida. El tigre que la ha conservado por capricho, podría, por otro contrario, privaros de la libertad.

—Sí—dijo Esteban—, como lo ha hecho por...

José miró á Esteban con aire significativo; no quería participar á Dolores la prisión de Juan de Avila.

—Pero—dijo Esteban—vos habláis de un capricho de Pedro Arbués; el inquisidor confío estará entre las manos de Mandamiento; pues la Garduña raras veces falta á sus expediciones.

—La Garduña ha ejecutado mal nuestras órdenes—dijo José—; no se ha apoderado del inquisidor, ha querido matarle; y como el inquisidor lleva una coraza, Manofina ha errado el golpe. Pedro Arbués está libre, está furioso, y su cólera se extiende á cuanto le rodea. ¡Qué será al saber la fuga de Dolores! Por lo tanto, sed prudentes, y sobre todo, tened paciencia: tres días pronto pasan.

—A veces son muy largos—dijo Dolores acercándose á ellos para saber su resolución.

Las crueles exigencias de su posición les prohibían dar libre curso á su santo dolor. Lo que tienen de más amargo los grandes infortunios, es que ni dejan el derecho de afligirse con libertad. Los proscritos deben precipitar ó devorar sus lágrimas, porque no les es permitido llorar.

—Es verdad—dijo José repitiendo la frase de la joven—; ¡tres días son á veces muy largos!, y sin embargo, es preciso saber aguardar.

—¡Oh! Dolores, en medio de los males que os afligen os queda un consuelo, un amigo de toda la vida, elegido y bendecido por vuestro padre. Creedme, el porvenir aun puede sonreiros, y á vuestras alegrías no les faltará la venganza, ese ministro de Dios que toma muchas veces una forma humana para cumplir las voluntades de su divino Señor, ¡y que entonces se llama Justicia!... Dios, el justiciero eterno, no ha olvidado las iniquidades de Pedro Arbués; Él le alcanzará en su trono de oro, en medio de las pompas de sus desórdenes y desenfrenada vanidad...

—Padre José, me dais miedo—dijo Dolores temblando—; estáis sombrío y terrible como la fatalidad.

—Soy fuerte como la Justicia—respondió José—; pero—añadió con amarga sonrisa—, mi alma está triste y desolada como el desierto. No me regocijaré hasta el día del castigo, cuando Dios levante su grande voz para gritar al verdugo de Andalucía:

—¡Basta! ¡basta! desaparece del teatro de tus crímenes; estoy ya cansado de asesinatos y persecuciones.

Hablando así José era hermoso y terrible como el ángel del Apocalipsis, y ante él estuvieron para prosternarse Esteban y Dolores.

Pero por una de esas transiciones repentinas que le eran familiares, llamó á Juana, que estaba en un aposento inmediato y le dijo:

—Prepárate para seguirnos dentro de algunas horas.

Después se alejó, prometiendo volver por ellos á su tiempo.

Entre once y doce de la misma noche, Esteban, Dolores y Juana llegaban á la puerta de Mandamiento.

Dos guapos iban delante para servirles de escolta.

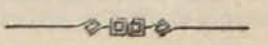
Detrás venían otros dos á alguna distancia, llevando en hombros con mucha precaución y cierto respeto un cofre de madera cuidadosamente cubierto de paño y atado con cuerdas.

Escoltábanles dos guapos para avisar en cualquier lance.

De vez en cuando, Dolores se volvía para asegurarse de que el precioso baúl les seguía, y que nada detenía la marcha de los garduños.

Llegados á la puerta de Mandamiento, los dos primeros guapos llamaron de un modo convenido; el maestre abrió y las siete personas y el baúl fueron misteriosamente introducidos en el palacio de la Garduña.

(Continuará.)



Humorismo



Los ladrones.—Si te mueves ó lanzas un grito, eres muerto.

Crimen salvaje

Matar por matar.

Un crimen salvaje se ha cometido en Montplaisir, cerca de la estación de Puy Imbert (Limoges).

Un hombre, sorprendido en el momento en que satisfacía una necesidad en un camino, fué estrellado contra un muro. Su agresor le agredió con tal fuerza, que la cabeza quedó destrozada por completo.

Dos obreros que marchaban al trabajo descubrieron el cadáver á las seis de la mañana siguiente.

Según los documentos encontrados sobre el cadáver, el muerto se llamaba Constantino Sicard, de cincuenta años, mecánico, natural de Charrone (Viena), empleado últimamente como enfermero en el hospital Poitiers.

La Seguridad pudo averiguar que el mecánico había sido visto con gente sospechosa en los alrededores de la estación del ferrocarril la noche antes del crimen.

Fueron detenidos cuatro sujetos, entre ellos un tal León Chaumont, de treinta años, llamado *el Forzado*, que tenía en la ropa unas gotas de sangre. Un registro que se practicó en su domicilio, dió por resultado el encontrar un traje ciclista que llevaba horas antes y que tenía grandes huellas de sangre.

Chaumont negó enérgicamente al principio toda participación en el crimen; pero las pruebas eran terminantes.

Una criada de un restaurant próximo al lugar del crimen, manifestó que había visto al agresor amenazarle con un cuchillo y diciendo al propio tiempo:

—Yo tenía que matar á alguien esta noche.

Lo que falta saber ahora es si el sujeto en cuestión es el único autor, ó si los compañeros detenidos han tomado también parte en la ejecución del hecho.

Advertencias

Rogamos á nuestros suscriptores, para evitar trastornos á la Administración del periódico, tengan en cuenta:

1.° Que el tiempo mínimo de suscripción es de tres meses.

2.° Que la suscripción se considerará continúa indefinidamente, en tanto no se reciba aviso del suscriptor en contrario.

3.° Que los avisos de baja han de darse necesariamente **con quince días de anticipación** á la fecha en que termina la suscripción.

Dirigid la correspondencia á las oficinas del **Museo Criminal:** San Mateo, núm. 11 duplicado, bajo. Apartado de correos número 445.

Siempre que se escriba con alguna reclamación, debe acompañarse una faja del periódico.

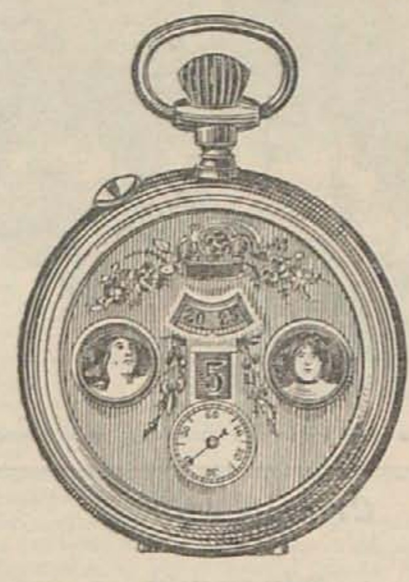
Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY, **Fuencarral, 59. — Madrid.**

Con una fotografía, 33,50 ptas., en 5 ó 6 plazos.



En 5 ó 6 plazos, con dos fotografías, 35 ptas.

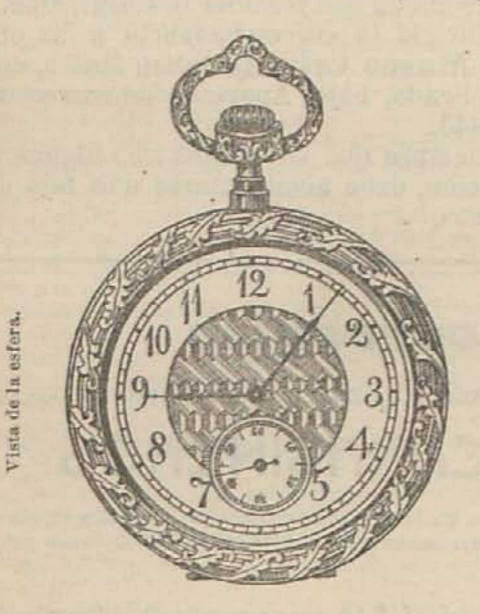


El maravilloso reloj automático.

La última novedad, sin manilla ninguna, marca las horas y minutos con claridad; máquina fuerte, de áncora precisión. Tiene una y dos aplicaciones fotográficas, con cerquillo-medallón, se puede abrir y poner la fotografía que se quiera guardar como recuerdo.

Caja de acero azulado, semiplano, un poco más que el canto de un duro; todas estas combinaciones forman un conjunto artístico tal, que no hay reloj más bonito que este que presenta el conocido industrial L. Thierry.

Aparte de su belleza artística, es de máquina de precisión y seguridad.



Vista de la esfera.



Vista del dorso

El Precioso

El conocido industrial Sr. Thierry presenta hoy su nuevo reloj, que seguramente va á obtener en los anales del Arte de la Relojería el nuevo triunfo, por su precio increíble en su baratura.

Dicho reloj es de forma plana, casi del canto de un duro, de metal simil-oro, con la tapa completamente esmaltada, con incrustaciones artísticas, también esmaltadas, corona de remontoir chapeada oro, asa Renacimiento, magnífica, esfera rica de metal dorada, y máquina fina garantizada.— Se hacen con distintos dibujos

Su precio es de 30 pesetas, pagaderas en 5 ó 6 plazos

Advertencia. — Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, basta la estación más próxima.— **No olvidar de indicar la estación, para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316